



DE MUÑECOS ARTICULADOS: DFW© IRONY MAN

Entrevistas (nada) breves con narrador elusivo

Stephen J. Burn (ed.)

Conversaciones con David Foster Wallace

Traducción de José Luis Amores

Pálido Fuego, 2013, 238 pp., 18 €

A estas alturas de la broma es difícil no imaginarse a David Foster Wallace convertido en un ambicioso muñeco articulado, abrigando un complejo mecanismo gestual que delataría toneladas de autoconsciencia y una agilidad inusitada en los —miniaturizados— músculos cigomático, risorio y orbicular. Un juguete que además podría adquirirse en packs, incluyendo diversos accesorios: una bandana, una raqueta de tenis Dunlop, un trasatlántico, tabaco para mascar Kodiak, una prescripción de Nardil, una pila excesiva de folios manuscritos, una soga. Sin obviar, claro, esa flecha corporativa que atravesaría el dorso del hipotético envase transparente hasta

su mitad exacta, para encontrarse allí, en la espalda del muñeco articulado DFW©, con un discreto botón encargado de segregar cantidades obscenas de sudor.

¿Descabellado? En absoluto. Mecánica popular. Algunos ya hemos visto desfilar trasuntos de ese muñeco —con distintos accesorios— de forma más o menos evidente— por las últimas novelas de sus contemporáneos. Sin ir más lejos: Richard Katz, uno de los personajes de *Libertad* (Jonathan Franzen, 2009), podría ser un buen ejemplo. Parece que el interés puramente literario que an-

No es casualidad que la presente recopilación sea una auténtica reivindicación de su obra, y que en muchos casos arroja luz sobre los procesos de creación, las exigencias y obsesiones que lo hicieron dueño de un estilo tan particularmente torrencial como exhaustivo

tes provocaba DFW está dejando paso al interés biográfico. Y quizá sea precisamente por eso por lo que la traducción al español por parte de José Luis Amores de la recopilación de las entrevistas más reveladoras que Wallace concedió llegue en el momento adecuado, antes de que la inevitable seducción del mito suicida lo desenfocara todo. No es casualidad que la presente recopilación sea una auténtica reivindicación de su obra, y que en muchos casos arroja luz sobre los procesos de creación, las exigencias y obsesiones que lo hicieron dueño de un estilo tan particularmente torrencial como exhaustivo, donde el humor extravagante se engrana sutilmente con las más oscuras regiones de la incomunicación y la soledad.

De la misma forma que una compañía de seguros sigue con estremecimiento los estragos de un tornado a través del tedioso paisaje del Medio Oeste norteamericano, el lector es llamado a contemplar la proteica verbosidad que a lo largo de dos décadas consiguió mover montañas en vez de «sentarse sobre su propio culo». Ya fuese abriendo brechas en la concepción de una narrativa honesta y comprometida que no perdiese de vista el suelo y se convirtiese en un mero chiste, o bien descomponiendo hasta su misma base cualquier tipo de impostura artística —desde el realismo de R mayúscula, del que dice ha sucumbido a los propósitos comerciales, al posmodernismo o al minimalismo saqueados ambos por manadas de «maquinistas»—, pasando por detalladas justificaciones de sus memorables escauceos con la no ficción, David Foster Wallace dejó al descubierto un modus

operandi verbal que también puede rastrearse en sus escritos: erudición, estrategias fragmentarias, hipertención, aproximaciones originales, maximalismo. Es en esta accidental biografía donde también se puede contemplar el traumático proceso de maduración que experimentó ante las grabadoras.

Tras la publicación de *La escoba del sistema* tuvo que ser asesorado desinteresadamente por «un tipo de *Post*» que, alarmado por su ingenuidad, le explicó qué se podía y qué no se podía decir a los periodistas. Más adelante un periodista del *New York Times* se tomó la libertad de transcribir el contenido de sus armarios del baño... Esto probablemente generó un relativo endurecimiento de Wallace y una creciente obsesión por

concertar las entrevistas en lugares públicos previamente pactados, o en cualquier caso evitarlas. Pero entre las excepciones, una de esas ocasiones cuando entre el entrevistador y el entrevistado existe cierta química que acaba por generar un diálogo brillante, cabe destacar la entrevista con Larry McCaffery para la *Review of Contemporary Fiction*, donde se desgranaban las

oportunidades que ofrece la ironía a la hora de elevarse sobre los recovecos absurdos e injustos de cualquier situación, el papel de la metaficción a la hora de impedir que, al contrario de lo que sucede en la televisión, el lector olvide que está recibiendo datos fuertemente mediatizados, la influencia de Wittgenstein, el buen oído de Wallace para el clic de la literatura, y su posicionamiento frente a escritores como Mark Leyner, Thomas Pynchon, Don DeLillo, William Gaddis, John Updike o Bret Easton Ellis. El cauce cronológico de las entrevistas acaba desembocando en la emocionante semblanza que David Lipsky escribió tras su muerte. Es difícil volar tan alto sin percatarse de la fragilidad de los *flaps*. Aquí nos topamos con detalles tan entrañables como el pequeño Dave escuchando a hurtadillas cómo sus padres se recitaban apasionadamente fragmentos del *Ulises* de Joyce en la cama, los diálogos socráticos que mantenía con su padre o su, no tan entrañable como desasosegante, debilidad por Margaret Thatcher. Una sucinta descripción del infierno que tuvo que atravesar durante sus últimos años, cuando la medicación dejó de funcionar, pone el broche final a un libro que quizá sólo los incondicionales buscarán, pero que bien podría servir a cualquiera interesado en iniciarse en la literatura de David Foster Wallace. ■ DIEGO NIETO VELASCO

